

En 22 de enero de 1807 el mismo Presidente decía ¹ en un mensaje especial: «Obsequio gustoso el deseo de la Cámara de Representantes, que se me comunicó por resolución de 16 del corriente, suministrando, bajo la reserva necesaria, los informes con que cuento acerca de una combinación ilegal de individuos privados contra la paz y seguridad de la Unión, y de una expedición militar por aquéllos dispuesta contra el territorio de una potencia que está en paz con los Estados Unidos; así como de las medidas que he dispuesto para reprimir una y otra.»

En seguida pasa á explicar el Presidente cómo empezó á recibir primero denuncias que se le mandaban bajo la forma de cartas que «constituyen legal y formal prueba;» pero sin que el estado de las cosas le consienta decir todavía los nombres de los comprometidos, «exceptuándose el actor principal, cuya culpabilidad no admite discusión.» «El primer móvil del complot, continúa el Presidente, lo era Aaron Burr, en otro tiempo distinguido con el favor de su patria.» Hace saber luego cómo en octubre de 1806 comenzó á darse cuenta de los fines de la conspiración; pero estos eran tan confusos y estaban envueltos en tal misterio, que no se podía obtener materia para una querrela.

Pensó mandar un agente confidencial que averiguara lo que acontecía; pero los sucesos se precipitaron, y pudo saberse que ya estaban en conserva muchos barcos, se hacía acopio de provisiones para ellos é intrigaban en el Ohio y sus aguas muchas gentes peligrosas. Previno Jefferson al general Wilkinson que se pusiera de acuerdo con el comandante español del Sabina para caer sobre los rebeldes desde la parte acá del Mississippi para la defensa de los puntos interesantes de dicho río.

Un agente de Aaron Burr había sido comisionado para sobornar á Wilkinson explicándole los propósitos de los conjurados, exagerando sus recursos y haciendo ofrecimientos tales en ganancias pecuniarias y en mando, que otro que no hubiera sido el fiel gobernador, que poseía á carta cabal «el honor de un soldado y la fidelidad de un buen ciudadano,» las habría aceptado sin vacilar.

Lo que Aaron Burr tramaba era nada menos que separar de la Unión todos los estados más allá de los montes Alleghany y una invasión de México. Para el efecto había «colectado en cuantos lugares contaban con influencias él ó sus seides, á todos los truhanes violentos, furiosos y desalmados que están siempre dispuestos para empresas análogas; y seducido á varios excelentes ciudadanos

¹ *A compilation of the messages and papers of the presidents*, vol I, p. 412 y siguientes.

asegurándoles que contaban con la confianza del gobierno y su secreta ayuda.»

Refiere cómo fracasó el complot, el éxito que habían obtenido los conjurados; y concluye anunciando que en el juicio que se efectuará á poco estarán garantizados suficientemente los intereses de la sociedad y los de los presuntos culpables, por la presencia de las más elevadas autoridades judiciales.

El plan consistía en reunirse ¹ los conjurados el 1.º de noviembre; salir el 15 de Ohio Fall acompañados de 500 ó 1,000 hombres y llegar á Natchez, Mississippi, del 5 al 15 de diciembre, reuniéndose allí con el general Wilkinson.

Harrman Blennerhasset, irlandés de nación, hombre de algún talento, de pocas luces, de escasísima prudencia y de ninguna habilidad, estaba metido de hoz y coz en la conjura, é impaciente de que aquélla se llevara á cabo y de atraerle simpatizadores, escribió en los periódicos de la región, con el pseudónimo de *Queerist*, muchos artículos en que hablaba franca y desembozadamente de dividir la Unión y conquistar á México.

Pero á principios de octubre las cosas empezaron á tomar cariz tan alarmante, que un grupo de ciudadanos se reunió en junta en Wood county, W. Virginia,² á fin de deliberar acerca del «misterioso y verosímilmente traidor designio de Burr y Blennerhasset.» Las resoluciones que se tomaron en la reunión dan á conocer cuál era el estado de los ánimos: se acordó reunir un cuerpo de voluntarios, coleccionar armas, publicar artículos en los papeles públicos, constituirse en junta permanente y, sobre todo, protestar formal acatamiento á la Constitución de los Estados Unidos y someterse á las autoridades que aquélla establecía.

Blennerhasset tuvo lenguas de lo que se tramaba, supo que, sin darse cuenta de ello, había revelado el complot á un enviado presidencial que se decía John Graham, supo de la expedición de la proclama de Jefferson, y supo, sobre todo, que había órdenes para prenderlo y secuestrar los aperos de la expedición, y salió de escapada en compañía de su familia, seguro, como dice el refrán español, de que más vale salto de mata que ruego de buenos.

Ni los cinco mil, ni siquiera los mil ó los quinientos desesperados que se decía estaban comprometidos, ni los caballos, ni las armas, ni el dinero que se debía afrontar para aquella conquista que iba á borrar los rastros y á emular las hazañas de la de Cortés, llegaron á tiempo de utilizarse, si acaso los había. Mississippi abajo sa-

¹ *Historic Blennerhasset island home* by Alvaro F. Gibbens, p. 23.

² *Historic Blennerhasset island home* by Alvaro F. Gibbens, p. 26.

lió la flotilla compuesta de trece botes, inclusive los que llevaban al jefe reconocido.

Se capturó á los expedicionarios en Arroyo de Piedra, á treinta millas de Natchez; á Aaron Burr se le condujo hasta Washington, donde el populacho quedó prendadísimo de su audacia y desenfado, siendo la resolución del jurado que lo juzgó «que tras el examen que de las pruebas se había hecho, resultaba que Aaron Burr no era culpable de ningún crimen ni delito contra las leyes de los Estados Unidos.»

El sutil tramposo estaba libre, pero no seguro; pues de mano del Presidente había una orden para *to take the body of Aaron Burr, alive or dead, and to confiscate his property*.¹ El ex-vice-presidente anduvo fugitivo muchos días; pero al fin fué detenido por el capitán Gaines, llevado al fuerte de Stoddard y después á Richmond, donde debía juzgársele.

Saliendo de la serranía, al entrar á los caminos más frecuentados, pasaron por Chester, Carolina del Sur, cerca de una posadilla donde estaban reunidos unos cuantos vecinos. Burr pensó aprovechar la oportunidad para una escapatoria, saltó violentamente de su caballo y dió una gran voz diciendo: «Yo soy Aaron Burr, que vengo detenido militarmente, y reclamo la protección de las autoridades civiles.» Perkins, así se llamaba el conductor, echó también pie á tierra y poniéndole á Burr la pistola en la sien, con malos modos le ordenó que montara de nuevo. Burr cerdeaba desconfiado; pero Perkins, que á cuenta era hombre brusco, lo cogió por la cintura y lo puso á horcajadas en la silla, un soldado tomó las riendas y la expedición se metió bosque adentro antes de que hubieran podido discernir la significación del caso los atónitos campesinos que lo presenciaban.

«La indiferencia de la gente, dice el puntualísimo historiador Parton, el mal trato que sufrió, la idea de su inocencia y la violación de ley que importaba el triunfo de sus enemigos, todo se vino á las mientes de Burr y lo anonadó. Por primera vez, después de todas sus desgracias sin ejemplo, su voluntad de hierro lo abandonó por un instante y lloró amargamente. . . .» Que era lo que había hecho su antecesor, Cortés, aunque, por cierto, en coyuntura algo más apretada que aquella.

El sábado 26 de marzo llegaron á Richmond el prisionero y sus custodios, y el lunes inmediato compareció aquel ante el Presidente de la Suprema Corte de Justicia, que lo era el famoso John Mar-

¹ Todd *The true Aaron Burr*, p. 39.

shall; había sido puesto en libertad bajo fianza, y después de tres días de debates se le declaró culpable sólo de un *misdemeanor*, (delito de menor cuantía) aunque el juez dispuso que se le juzgara por crimen de alta traición.

El gran jurado empezó el 22 de mayo de 1807, y fué uno de los más famosos que ha habido desde aquel tiempo, por el crimen que se atribuía á los acusados, por la categoría del principal de entre ellos, por el número y calidad de los defensores, por la importancia de los testigos, por la inmensa cantidad de gentes—damas, sobre todo,—que ocurrieron á presenciar los debates, y por el tiempo que éstos duraron, que no fué menor de cinco semanas.

Al fin el gran jurado determinó juzgar á Aaron Burr y Blennerhasset por *indictement* de traición, y, después de muchas peripecias, el 31 de agosto declaró «*Decimos nosotros, los que formamos el jurado, que de las pruebas que hemos examinado Aaron Burr no aparece culpable del delito que se le imputa.*» Era aquella la absolución por falta de pruebas (*scotch verdict*) y Aaron Burr y sus defensores se esforzaron por obtener un fallo de simple inculpabilidad, que al fin se otorgó tanto en lo que tocaba al cargo principal como en los accesorios.

Al leer en qué consistía la acusación, ocurre preguntar si realmente Aaron Burr era tan culpable como se le ha supuesto. Claro que si sólo hubiera tratado de conquistar á México no tendría sobre su cabeza el cargo de traición que se le acumula; pero como procuró fraccionar la Unión y encender una guerra civil, llevó mucho tiempo y lleva todavía un sambenito que apenas ha conseguido quitarle la habilidad de sus apologistas, que son muchos y excelentes.

Según Irujo, con quien están conformes historiadores tan serios como Adams, era el plan de Burr introducir á la capital federal un buen número de sus sicarios, sorprender al Presidente, al Vice-Presidente y Presidente del Senado, disolver el gobierno y apoderarse del dinero que se hallara en los bancos de Washington y Georgetown, y del arsenal de Eastern Branch. Aprovechándose de la consternación que sobrevendría, el nuevo Catilina entraría en arreglos con los estados; pero, si como parecía probable, no lograba sostenerse en Washington, quemaría los buques de guerra que se encontraran en el Navy Yard, menos dos ó tres fragatas, en las cuales se haría á la vela para New Orleans, donde proclamaría la independencia de Luisiana y del oeste.¹

También asegura Irujo que era el designio de Burr «disolver el

¹ Mc. Caleb, op. cit., p. 59.

Congreso, matar al Presidente ó á quien hiciera sus veces y ponerse él mismo á la cabeza de un gobierno fuerte.»¹

Los Morgans sostuvieron (y casi fueron los únicos testigos de cargo) que el osado coronel pensaba nada menos que en tomar á Washington con doscientos hombres, á New York con quinientos y en echar al Potomac al Presidente y al Congreso.²

Baladronadas eran estas, como observa Mc. Caleb, más dignas del entendimiento huerdo del barón de Munchausen, que de hombre cuerdo y bien equilibrado como Burr lo era sin duda; y la prueba de que lo que perdió el famoso filibustero fué sólo su afán de obtener auxilios extraños, de querer costear la expedición con el dinero de sus enemigos, en suma, el pasarse de listo, es que el único documento importante que en su contra se presentó es la famosa carta de 29 de julio de 1806 que no contiene nada que se refiera á traición. Únicamente hay en ella un párrafo³ que puede aplicarse á la expedición de México: «está lista para recibirnos la gente del país á quien vamos á salvar. Sus comisionados, que nada menos ahora están con Burr, dicen que si se protege su religión y no se les sujeta á un poder extraño, en tres semanas pondrán á aquél en el mando. Los dioses os llaman á la gloria y á la fortuna. . . .»

Como se ve, no hay nada que haga relación á los tenebrosos intentos que tanto han ennegrecido la memoria de Burr, y ocurre preguntar por qué causa Jefferson, que era un político agudo, no permitió que su enemigo se alejara á una expedición en que encontraría la ruina ó quizás la muerte, y cuando, si la empresa se lograba, serían sus resultados en detrimento de España, el eterno enemigo, y en favor de los Estados Unidos.

La respuesta la hallamos en las siguientes líneas que parecen inspiradas en el conocimiento exacto de los hechos.⁴ John Smith, senador por Ohio y que fué detenido por complicidad con Burr, dijo en conversación á sus amigos que, antes de que los trabajos de Burr llamaran la atención, Mr. Jefferson tuvo con él (Smith) una entrevista privada en que le interrogó acerca de si era amigo de oficiales españoles en Luisiana y Florida. Como Smith respondiera afirmativamente, le dijo que parecía inevitable una guerra con España, por lo cual convenía estar al tanto de la opinión de aquellas gentes acerca de los Estados Unidos, y el grado de confian-

¹ Mc. Caleb, op., cit. p. 62.

² Mc. Caleb, op. cit., p. 76.

³ Wilkinson, *Memoirs*, II, p. 317.

⁴ *Burnet's Notes*, p. 264.

za que en su buena voluntad se podía abrigar para el caso que estallara la contienda entre los dos países. Le suplicó que las visitara para informarse de aquellas cosas, Mr. Smith cumplió con el encargo y á su vuelta pudo comunicar á Jefferson que, tanto el gobernador como los empleados inferiores y los habitantes en general, no sólo eran partidarios de los Estados Unidos, sino que estaban deseosos de anexarse á este país. Esto pasaba en la primavera anterior al «mensaje de guerra,» que se envió al Congreso en diciembre de 1805.

«Aunque era confidencial el dicho mensaje, pronto estuvo al cabo de su contenido el cuerpo diplomático residente en Washington; por lo cual el embajador francés recibió órdenes de Napoleón, su amo, para informar al gobierno americano que Francia tomaría parte, en unión de España, en cualquier disputa que ésta pudiera tener con los Estados Unidos. Y es histórico que, después de la intimación, se abandonó el proyecto de guerra contra España, que se había comunicado en mensaje confidencial, y al que había hecho clara referencia el Presidente, lo cual coincidió con las medidas que se tomaron para atajar los movimientos de Mr. Burr.»

El mensaje de Jefferson debe de haberse conocido en Francia en principios de 1806; el embajador ha de haber recibido las instrucciones y hecho su intimación á mediados de ese año, y concuerdan así perfectamente el veto puesto contra la expedición de México, el encarcelamiento y juicio de Burr y sus cómplices, y los designios de Napoleón contra España, la cual quería no quedara desmembrada ni reducida en sus posesiones ultramarinas, ya que el gran capitán tenía dispuesto agregarla al imperio.

Y resultaría un caso curioso y digno de noticia: los realistas americanos creían que el Emperador de los franceses era el enemigo jurado de los reyes de España, y en puridad era su defensor, su fiel aliado y su amigo. . . . aunque con la mira puesta en la península, caso que tales cosas sean verdad.

Y parecen serlo, porque las confirma un fragmento de una carta de Jefferson, escrita á raíz de los sucesos.¹ «Nación ninguna ha sido para con otra más pérfida é injusta que España con la nuestra; y si hasta ahora hemos conservado quietas las manos, *ha sido por respeto á Francia y por lo mucho en que tenemos su amistad.* Aguardamos por eso de la buena voluntad del Emperador que ó bien *obligará á España á hacernos cumplida justicia ó que nos la abandonará sin reservas.* Sólo un mes pedimos para posesio-

¹ Jefferson á James Bowdoin, ministro de España, abril 2 de 1807, Jefferson, MSS.

narnos de la ciudad de México. No puede haber prueba más clara de la buena fé de nuestra nación, que el vigor con que obró y los gastos que hizo para sofocar la intentona que recientemente meditaba Burr en contra de México; y aunque primeramente ideaba la separación de los Estados del oeste y para tal fin obtuvo auxilios de Irujo (pues tal es el modo ordinario de obrar de ese pueblo para con nosotros) pronto pudo convencerse de que no había manera de quebrantar la fidelidad de las gentes de esa región, por lo cual todos sus esfuerzos los enderezó contra México; *empresa que es tan popular en este país, que nos habría bastado dejar á Burr en libertad para que hubiera conseguido partidarios con que llegar á la ciudad de México en seis semanas*

La expedición de Burr lograda, México en poder de americanos en 1807, los Estados Unidos guerreando con Francia por proteger la conquista de los filibusteros del oeste, el gran ejército al lado de las milicias provinciales por defender los territorios del rey de España. ¿Cual habría sido en tal caso la suerte de México, la suerte de España, la suerte de Estados Unidos y la suerte del mundo? *Celá fait songer*, como decía M.^{me} de Sevigné.

V

No conozco los primeros despachos en que se haya noticiado la tentativa de Burr al virrey y autoridades de Nueva España. El que inserto enseguida parece ser consecuencia de otros que habían mediado sobre la materia y se halla en una comunicación que el marqués de Irujo dirigía á don Joseph Vidal, comandante del puesto de Nacogdoches: «Me consta que Burr y sus secuaces, entre ellos personas de algun caracter, han reclutado en varios parages del Ohio de toda Casta de gentes, ofreciendoles por el término de seis meses 15 ps. mensuales y 200 asps. de tierra en el Rio Colorado que desagua en el Misisipi. A mi bajada de Fort Pitt he visto algunas de esas gentes y lanchas con dos proas en que debían baxar y tambien oserve que los vecinos de aquellos estados estaban sobre las armas para impedir su paso dorn. del Presidente. No obstante logró Burr pasar con 80 hombres embarcados

en Chalan y cuatro barcos de la construcción que llevo dicho llegó á Naches donde fué arrestado por la autoridad civil y baxo fianza se le permitió estar livre deviendo ser juzgado en todo el termino de la semana presente. Es mi opinión que el resultado será ponerlo en libertad y que luego para mejor disfrazar sus malevolos proyectos vendra á establecerse en Wahita en las Tierras que compró de un tal Baron de Bastrop y allí hacerse fuerte á medida que vayan llegando sus partidarios hasta tanto que se juzgue capaz de poner en planta sus planes, que se pueden inferir se dirijan á disturbar la tranquilidad de estos Países con miras hostiles. Me han informado personas fidedignas del Naches que Burr se explicó declarando que el Gral. Wilkinson es el primero de la caveza de este secreto Plan, que según dize tiene principio de quince años á esta p.^{te} y que viendo ahora este Gl. que la cosa mudava de aspecto contrario, había cambiado de sentimientos para hacerse lugar con su Gobierno y con nosotros.—Este es el lenguaje que públicamente usa el tal Burr y el mismo que la mayor parte de la gente creyó y que yo no dificulto.—Dice tambien dho. Burr que el referido General tiene ya recibido como cien mil duros para la execución de este plan cuya suma con otra más considerable le ha sido enviada por individuos de este Reyno de México. Lo que me consta es que el Baron de Bastrop esta sospechado por sugetos de caracter en el Naches de hallarse complice en los proyectos de Burr, por diferentes circunstancias que dan indicios vehementes del fundamento de estas sospechas, y aunque no obstante no son concluyentes. Es notorio sin embargo que Bastrop es amigo de Burr que le vendió al parecer entre él y un tal Moorhouse sugeto de la más mala conducta que estuvo condenado á ser ahorcado en los Estados Unidos por falcificar Villetes de Banca las Tierras del Washita; que dicho Baron está indiciado considerablemente, y que proyecta planes que jamás pondrá en ejecución por falta de credito, á no ser que otros sujetos los emprendan en su nombre.—Esta es la situación que publicamente se delata de este Baron y que yo solo menciono repitiendo lo que ha llegado á mi noticia.—Es tambien del caso insinué á V.^{md} que será preciso si lo estimare por conveniente estar en la mira de quanto Extranjero se pueda introducir en estos parages, aunque pretexten y aparenten negocios muy distintos de los planes de Burr.»¹

O Irujo había abierto los ojos, y arrepentido de su vieja credulidad recaía en el más absoluto escepticismo, ó le había hecho com-

1 M. SS. ARCHIVO NACIONAL. Provincias internas, tomo 239, E. 3, fs. 44.